

JOSÉ LUIS CARRASCO

ALFAS & OMEGAS

Capítulo
de
nuestra



CARLINGA



ALFAS Y OMEGAS

Por José Luis Carrasco

Carlinga Ediciones

Muestra



deja volar tu imaginación

www.carlingaediciones.com

Por la presente edición: ©2014, Carlinga Ediciones S.L.

ISBN 978-84-942225-1-1

Alfas y Omegas
José Luis Carrasco

Ilustrador: Jesús Escudero
Editor: José Núñez
Maquetador: Sonia Gallardo

Síguenos en twitter: **@CarlingaEd**

Primera edición: Junio, 2014.

Carlinga Ediciones se reserva todos los derechos sobre esta obra. No obstante nada te impide compartir esta obra con otras personas, por supuesto, y nada podemos hacer para evitarlo. Sin embargo, si el libro te ha gustado, crees que merece la pena y que el autor debe ser compensado recomiéndales a tus amigos que lo compren. Al fin y al cabo, no es que tenga un precio exageradamente alto, ¿verdad?

INDICE

9:00 pm	7
9:15 pm	16
9:30 pm	31
9:45 pm	34
10:00 pm	56
10:15 pm	81
10:30 pm	92
10:45 pm	99
11:00 pm	110
11:15 pm	117
11:30 pm	130
12:00 am	141
12:15 am	154
12:20 am	166
12:30 am	172
12:45 am	182
1:00 am	191
1:15 am	204
1:30 am	215
1:45 am	232

2:00 am	247
2:15 am	255
2:30 am	261
2:45 am	271
3:00 am	276
3:15 am	292
3:30 am	304
3:45 am	313
Otros títulos de Carlinga Ediciones.....	317

Capítulo de Muestra

Para Marita y Enol.

*“Au moindre coup de Trafalgar,
C’est l’amitié qui prenait l’quart,
C’est elle qui leur montrait le nord,
Leur montrait le nord.
Et quand ils étaient en détresse,
Qu’leur bras lancaient des S.O.S.,
On aurait dit les sémaphores,
Les copains d’abord.”*
—Georges Brassens.

“Será una broma.”
—Menelao.

9:00 PM

El caserón era una ruina mohosa. Nos helábamos de frío los tres en las sombras del campus. A nuestra espalda circulaba el último «bus», vacío salvo por unos estudiantes en la parte trasera.

Me quité las gafas, les eché vaho y las limpié con mis toallitas especiales anti suciedad. Saqué mi nebulizador para el asma, di un par de bocanadas y me abotoné el abrigo.

Oscar y Ophelia venían de sus respectivas residencias. A mí me habían recogido de la final del campeonato anual del club de ajedrez de mi barrio. En mi mano, el trofeo del primer puesto: un peón dorado de tamaño mediano que portaba con orgullo, como un talismán. Lo pondría junto a los otros, en la vitrina acristalada de mi cuarto, protegidos de la luz directa del sol, colocados en orden cronológico bajo una regleta de pequeñas bombillas que los destacaban del fondo.

Sí, era cierto. Mis compañeros preferían llamarme «friki», «loser», «memo», «gafotas» o, el más elaborado, «oye, tú», en lugar de por mi nombre. ¿Qué tipo de tío era yo? El que compone en sus ratos libres cancioncitas como esta:

*Hidrógeno, Litio, Sodio, Po-ta-ta-ta-sio,
Rubidio, Cesio, Fra-fra-fraancio,
¡Hey!*

En primero de física, en la universidad, mis relaciones sociales alcanzaron un mínimo histórico. Culpad de ello a mi imagen no caucásica, mis excelentes notas y el no corear «touchdown» en las retransmisiones de fútbol americano los domingos en la residencia. Traté de compensarlo como empollón a sueldo, sin mucho éxito. Gracias a mi trabajo de profesor mercenario, redactor de resúmenes y preparador de exámenes, algunos mejoraron sus notas. Otros, los que no estudiaban ni a tiros, quedaban como unos burros.

Una mañana, al rondar los entrenamientos del equipo de baloncesto, me fusilaron a balonazos. Corrí bajo la lluvia de meteoros a cobijarme tras unos setos. Por desgracia llevaba otro trofeo de ajedrez en la mano, el cual cayó a medio camino. Tuve que volver a por él, lo que supuso otra batería de balonazos.

Al saberlo, Oscar, furioso, trazó un plan. Acudimos a la siguiente fiesta de la Gamma Epsilon, hermandad a la que pertenecían los jugadores. Él los distrajo mientras yo vaciaba un cartón de caldo de pollo en el ponche. Añadí varios jarabes y otras guarrerías, lo que produjo un efecto raro en los que lo bebieron. Las fotos de la fiesta eran impagables. En suma, le debía un favor a mi colega y yo sabía de una situación en la que podía ayudar. Cuando dos noches atrás él propuso ir a cierta fiesta, yo ofrecí mis servicios de investigador.

Oscar, entrenador de fútbol americano, gran táctico y estratega, sufría de un nefasto ojo crítico. Siempre fichaba al deportista menos recomendable. Una vez puso por error un anuncio de “se busca delantero” en una revista de contactos. El pobre tuvo que cambiar de número de teléfono. Otro de sus fichajes, un tipo de piernas de bronce y músculos marmóreos, sufrió un fatal accidente en el zoo al caer a la jaula de los osos. Parecía pura mala suerte. O quizá no. Un puesto de entrenador de un equipo universitario exitoso era una posición prestigiosa y rentable. Quizá cada pequeña

desdicha de sus fichajes formaba parte de una conspiración desde las catacumbas de las envidias deportivas para desacreditar su política y, al final, desgraciarle a él también. Ahí entraba yo.

No es que supiera nada del asunto, más bien al contrario. Un agujero negro ocupaba el área de mi cerebro dedicada al deporte. Si de mí dependiera, el críquet podía ser un queso francés. Era un zote por una doble tara genética y profesional. Me resultaba imposible centrarme en un elemento minúsculo como una pelota. Cuando entraba en mi rango visual era para aterrizar en mis dientes. Por otro lado, contemplaba siempre un partido como un problema físico cuyo resultado se deducía por sus variables. Esto me impedía escoger bando, ya que los necesitaba a ambos para despejar la incógnita de la ecuación.

Aun así, haría cualquier cosa por apoyar a Oscar. Él, enamorado del fútbol americano, se desvivía por alcanzar la gloria en cada partido. Su liderazgo y visión eran inspiradores y cuidaba a cada miembro como un engranaje fundamental en su amada maquinaria.

Entre sus fichajes recientes, Bones David era uno de sus brazos más firmes. Un quarterback legendario en el mundo deportivo universitario. Ni yo necesitaba una foto para reconocerlo: salían fotos suyas en la gaceta de la Konnismouth día sí, día también. Tenía un radar de última generación por cerebro, sensible al movimiento de una mariposa y a las consecuencias del agitar de sus alas; cuando salía al campo se hacía uno con la pelota.

Mi amigo no quería fastidiarla. Usaría con David mi capacidad analítica, tan problemática en otros ámbitos, para estudiarle y concluir si le rodeaba un halo de calamidad de cara al futuro, como había sucedido en el pasado. O si alguien maquinaba para que sucediera un accidente, a David o a su entrenador. Por eso íbamos a la celebración de la Omega Pi Tau aquella noche.

Oscar vestía una camisa burdeos por fuera de un pantalón gris y unos zapatos negros que reflejaban los destellos de mis gafas. Como parte de su nueva y relajada persona había dejado nacer un fino bigote bajo su nariz ganchuda y crecer su pelo castaño hasta cubrir sus pequeñas orejas. En conjunto formaba un aspecto cuidado, consciente de sí mismo, pero con la suficiente dosis de indulgencia y carácter para permitirse una tranquila dejadez. Oscar ya no disimulaba ser el hijo de un juez forrado, de clase alta tipo Everest, que había protegido a su hijo de los peligros del malvado mundo exterior con rigor prusiano. Con sus hijas, el buen juez era aún más estricto, y si se construyeran castillos con torres en Estados Unidos, hoy los pretendientes de las pobres chicas tendrían que subir a sus balcones a verlas trepando con una cuerda.

De su mano iba la gran Ophelia West, miss-lo-que-quieras en cualquier categoría. La muchacha más fina e inteligente del hemisferio. Un alma valiente y pura encerrada en una esbelta atalaya. En el centro mismo del marasmo de una juerga, Ophelia brillaba con sus frases tanto como con sus dientes, iguales y ordenados. En el perímetro de mi amiga todas las cosas olían bien. Su presencia equivalía a un paseo por un jardín botánico, frondoso y perfumado.

Me volví a ellos mientras rascaba la mosca de pelo en mi perilla.

—Me muero de la intriga con esta fiesta. No es fin ni comienzo de curso, los equipos no han ganado ningún campeonato. Tampoco hay una efeméride destacable. ¿Por qué la montan?

—Para celebrar lo de un tal Elmo Kirby, en principio. Ni idea de quién es.

Yo sí le conocía. En una revista científica a la que estaba suscrito hablaban de él como lo mejor en este mundo desde el pan de molde. Elmo era el notición del campus de la semana.

—Kirby, claro. El hombre que va a colgar las nuevas normas de la astronomía en la puerta de la Iglesia. Elmo dice haber descubierto la composición de la materia oscura. Según él, es sólida e idéntica en un noventa por ciento a la pasta de cacao, o sea, el chocolate. Un trabajo tela de raro. Nadie ha leído el artículo completo, pero cuentan que va a sacudir sin piedad los cimientos de nuestra arquitectura científica. En el Vaticano, se rumorea, están muy cabreados y claman que somos algo más que un postre en el plan cósmico, y que no resulta serio considerar al Todopoderoso un simple pastelero estelar. Yo estoy de acuerdo con ellos, si quieres mi opinión. No sé en qué se basa el mundo ahí fuera, pero desde luego no en derivados del cacao. Y dime, ¿por qué el cambio de la fiesta?

—¿A qué te refieres?

—Antes has dicho que “en principio” se celebraba para Elmo.

—Sí, pero ha trascendido que anteayer le propusieron dar unas conferencias en Europa sobre su tesis y que ha tenido que coger un avión urgente para allá. No está nada mal para un becario, ¿eh? Las invitaciones ya estaban enviadas y los cincuenta kilos de chocolate belga no se iban a comer solos, así que continuaron con ello igualmente.

—Siempre se puede organizar otra de recibimiento, ¿cuándo regresa?

—No sé, habría que preguntarle a su novia, Sandy. No me extrañaría verla por aquí.

Daban las nueve en nuestros relojes y seguíamos parados frente al edificio de la fraternidad: una abigarrada masa de piedra de estilo colonial rematada en una delgada chimenea sobre un techo de tejas. En su fachada ondeaba una bandera con las tres letras

griegas que la bautizaban enmarcadas en un trapecio rosa sobre fondo de color melón. Circundaba al edificio un coqueto jardín vallado, más ancho en el porche que en los laterales.

Dejé que subieran ellos los escalones de madera pintados de blanco y alcanzaran el porche. Era pronto para los estándares festivos de la universidad Konnismouth. En sus fiestas se utilizaba la semana como unidad de medida y las cajas de cincuenta cervezas como indicador de su éxito. Desde fuera no oíamos ni el rumor de un ratón ni veíamos en las estrechas ventanas más que ajetreadas sombras de ajetreadas personas.

Llamamos. Distraje la mirada por el campo mientras abrían. Los naranjos del jardín, podados en forma triangular, me recordaron las ganas que tenía de nachos con guacamole. Nachos. Mi estómago lloró de hambre.

Lo primero que vi al abrirse la puerta fue un muchacho de diecinueve años, de tez oscura, pelo lacio, moreno y corto y un ligero sobrepeso. Vestía ropa militar: pantalones de camuflaje y chaqueta verde, todo saturado de bolsillos. No era el atuendo más idóneo para ser invitado a una fraternidad. Las rebeldes patillas eran trampolines hacia un mentón de exacta circunferencia. Sus ojos, agazapados tras unas gafas de pasta, te hacían retroceder en el tiempo. Este mexicano increíblemente atractivo era Malaquías Baviera. Yo mismo, reflejado en un espejo. Lamenté mi indumentaria. Por desgracia compartía la plancha con otros diez tíos en mi residencia y yo era el último en la lista de espera.

Mi figura reflejada se hizo a un lado. Dos tipos la subían por una escalera. Surgieron detrás del espejo unas barbas rubias que ocultaban una cara enrojecida. Un chaval bajo y delgado, vestido con jersey de pico y zapatillas de deporte de marca. Con una mano sujetaba una bebida, la otra la tendió hacia nosotros.

—Disculpad lo del espejo, acaba de llegar. El presidente se cargó el anterior al mirarse en él. Soy William Gatou. Vosotros sois...

—Oscar Temple.

—Ophelia West.

El muchacho barbudo suavizó el gesto. Analizó a mi amiga de arriba a abajo, luego al revés, y la saludó con un silbido modulado a la perfección.

—Dios me conserve la vista, y a ti para poder verte. El Paraíso, según Dante, tiene nueve esferas. ¿De cuál de ellas has salido tú, encanto?

Ophelia sonrió, silenciosa, todo lo contrario que Oscar, que no sonrió ni parecía con ganas de quedarse callado. Tomé la iniciativa y me asomé entre mis dos compañeros.

—Hola, soy Malaquías Baviera, para servir...

—Correcto, correcto. No os conozco, ¿venís de otra fraternidad?

—Ophelia y yo somos alumnos autónomos...

Nos interrumpió con un resoplido.

—Vamos, que no os aceptan en ninguna.

—... y Oscar entrena al equipo de fútbol americano en el que juegan varios de la Omega Pi Tau.

—Ya veo. Decidme, ¿por qué hecho fue más conocido Melito de Canterbury en el siglo séptimo?

Vacío total. Ruidito de grillos a nuestras espaldas. Mis amigos no se atrevieron a decir nada, así que volví a asomarme entre los dos.

—Fue el primer bajista de Supertramp.

Gatou abrió mucho los ojos, esgrimió una sonrisa cómplice y me señaló con el dedo.

—¡Justo! Bueno, en realidad no lo creo, pero me gusta la gente con sangre, ¡sí señor! Oye, tu cara me suena, ¿no cantas con los Bibliotecarios Furiosos?

—No, yo hago llover cuando canto.

—Eso no sería inconveniente para los Bibliotecarios, al revés. Me habré equivocado. Venga, todos dentro, pasen y vean. Encontraréis muchas chicas en la fiesta, han venido solteras, con novio y toda la gama que hay entre medias. Sólo hace falta un poco de talento para saber cuál te conviene, y quién sabe, quizá puedas llegar con ella a un intercambio diplomático, y cuando digo "intercambio diplomático" me refiero a...

Ya sabía a qué se refería. Hablaba por mí, el único soltero del grupo. Una oferta prometedora, pero tenía motivos más prosaicos para personarme en la fiesta.

Accedimos a un recibidor amplio, iluminado por una potente lámpara de techo cuya luz desbordaba el descansillo para extenderse a las habitaciones aledañas. A la izquierda, unas escaleras hacia un piso superior, por las que iban los tipos del espejo, y otras a un inferior. A la derecha, un armario empotrado. En el techo, los restos solidificados de una ensalada de brócoli con una capa de pintura blanca por encima. Alguien debió suponer que con un rodillo lo disimularía mejor que esforzándose en quitarlo con una bayeta.

Mi plan era sencillo: entrevistar a David, y a cualquiera con una mínima relación con él, y calcular la probabilidad de malas compañías y embrollos en los que era capaz de meterse o de ser metido. Tocaba ser muy sociable y habría cantidad de ocasiones para ello. Por lo que sabíamos, todo ser vivo de la Konnismouth con una matrícula universitaria iba a aparecer allí esa noche.

Capítulo de Muestra